

FRANZ JUNG

El camino hacia abajo

*Consideraciones de un revolucionario
alemán sobre una gran época
(1900-1950)*

Traducción de RICHARD GROSS

ÍNDICE

NOTA DEL TRADUCTOR, 7

I. LOS AÑOS VERDES, 9

II. LOS AÑOS ROJOS, 117

III. LOS AÑOS GRISES, 269

IV. Y LOS ÚLTIMOS AÑOS, 395

CRONOLOGÍA DE LAS VANGUARDIAS
POLÍTICAS Y ESTÉTICAS
EN ALEMANIA, 475

NOTA DEL TRADUCTOR

«Que yo sepa, a un escritor se le exige que elabore su texto, que lo lime y lo pondere para enganchar al lector u oyente. Yo no lo hice. Yo más bien repelo al lector. Me falta, de entrada, la distancia». Esta valoración, hecha por el autor de *El camino hacia abajo* en las presentes memorias, se refiere no solo al contenido de su obra sino también a la forma en que lo configura. Escritor ácrata e iconoclasta vinculado en sus orígenes al expresionismo literario alemán, Jung emplea, en las páginas que siguen, un estilo a veces chocante, áspero, bronco, oscuro, fácilmente asociable a una escritura espontánea, ajena al artificio propio de toda literatura que se precie como tal. Haciendo, como traductor, de ese supuesto vicio virtud, he respetado en lo posible dichas peculiaridades del autor, a fin de ofrecerle al lector en lengua española una prosa fiel a la del original alemán. Espero que quien se aventure por estas páginas dé por buena esta opción.

I. LOS AÑOS VERDES

*¿Por qué buscas el sosiego
si naciste para la zozobra?*

Tomás de Kempis

NEISSE, ALTA SILESIA

La villa de Neisse, enclavada en la Alta Silesia prusiana, es, en cuanto a la estructura social con que pasó al siglo xx, un residuo de la Guerra de los Siete Años. Para las campañas contra la emperatriz María Teresa, Federico, el «rey sargento prusiano» —según cuenta la Historia—, había establecido y ampliado a fortaleza un campamento de retaguardia, ubicado un poco al margen de las rutas transmontañas hacia Polonia y Bohemia y resguardado en un rincón de las estribaciones occidentales de los Sudetes. La villa labriega de Neisse se situaba en el centro de esa plaza fortificada, en la falda occidental de la sierra de Altvater y en una llanura que al norte se ensancha hacia el valle del Óder, punta meridional de aquella Silesia austríaca que tras las campañas fue cedida a Prusia. De los Sudetes propiamente dichos Neisse estaba separada, que no olvidada, por la cordillera. Un arsenal de dimensiones considerables, núcleo de aprovisionamiento y de instrucción de un ejército. Lo siguió siendo durante décadas, a lo largo de un siglo y la mitad de otro.

En el pasado Neisse fue sede episcopal, lo que en la monarquía austrohúngara le valió el apodo de «la Roma silesiana». Y según cuentan las crónicas, ya antes residieron en la ciudad margraves que, desde ese protegido emplazamiento en la cuenca montañosa de los Sudetes, dominaban las vías de comunicación de los países germanos con Hungría y el sudeste ulterior, imponiendo aranceles a los mercaderes de paso y expoliándolos si la ocasión era propicia. Salvo cierta predilección por el vino húngaro, poco ha quedado de aquella época en Neisse y esta parte de la Alta Silesia.

De los tiempos del obispado, en cambio, datan un ayuntamiento al estilo del Renacimiento tardío, reproducido en los libros de arte, varias iglesias del barroco austríaco, las casas con gablete típicas de la época, los portones con arcos elevados y las fuentes públicas de hierro forjado.

Hacia el cambio de siglo, la ciudad contaba con veinticinco mil habitantes civiles, a los que había que sumar un número de militares, ya de uniforme, ya pertenecientes a la administración castrense, que ascendía a un tercio de esta cifra. Aparte de estos, apenas si había foráneos en la ciudad. Por esas fechas, los turistas comenzaban a redescubrir, y a describir, los restos de la Edad Media en la Alemania genuina, en el oeste y el suroeste. A Neisse no llegaban. En cuanto a los balnearios de las montañas, de uno y otro lado de la frontera, los sanatorios y las fuentes minerales, los trenes rápidos los atendían de forma directa sin tocar Neisse.

Los viajeros tampoco venían porque la ciudad tenía fama de ser un enorme campamento militar, lo que no hacía muy atractiva su visita. La mayoría de los reclutas provenían de los pueblos puramente polacos del este y de Alsacia-Lorena, y su instrucción consistía en curtirlos a lo prusiano. A veces daba la impresión de que los civiles eran conscientes de su condición de súbditos meramente tolerados en la vía pública. Caminaban con gran prudencia y temor, escabulléndose rápidamente por las puertas de las casas como barridos de la calle o como si un trompetazo lanzado desde los baluartes hubiese hecho diana en ellos.

No existía una amenaza directa. El sol lucía como en todas partes, y desde los terraplenes de los fosos se podía divisar la cadena de montañas; pero había algo raro en el aire. Era eso lo que mi abuelo materno no soportaba. Vivía en Breslavia y trabajaba en el *Schlesische Zeitung*. Cuando murió, el periódico salió con una ancha franja de luto, único recuerdo que mi madre guardaba de él; ella nunca había leído el periódico, y yo, por cierto, tampoco.

Así que no sabía qué hacía él en el periódico ni con quién se relacionaba. Aunque el abuelo, al parecer, le tenía afecto, siempre fue para mi madre un completo extraño del que tomó nota pocas veces y solo en ocasiones especiales; por ejemplo, cuando en cuestión de una semana sus hermanos, los de ella, murieron uno tras otro del cólera. Mi madre se acordaba de esa semana y también del abuelo, quien a la sazón se había quedado en casa. Por lo demás, debía de pasar las noches con los amigos. Se decía que en su tiempo libre se dedicaba, en el observatorio de la universidad, a la Astronomía, ciencia que en los años setenta del siglo XIX era considerada todavía una superchería. A mis preguntas por el abuelo —no lo conocí, porque ya había muerto— mi madre nunca supo darme respuestas claras; solo decía que era un ser peculiar y que no se preocupaba por que sus hijos aprendiesen a leer y escribir; mi madre misma no aprendió hasta mucho después en el taller de relojería de mi padre.

Aquel señor peculiar nunca visitó a mis padres en Neisse. Con el rechazo que sentía por mi padre, a quien no perdonaba haber escogido precisamente aquella ciudad para crearse una base de sustento como relojero, lastró gravemente los primeros y de por sí difíciles años del matrimonio. Mi madre, que había aprendido el oficio de sombrerera en una ciudad en trance de devenir una gran urbe, sin duda detestaba Neisse tanto como él. A menudo, según todavía oí decir, estuvo semanas enteras sin salir a la calle. Aún más que a los soldados odiaba a los campesinos, clientes por excelencia de mi padre. En años posteriores mi madre se fue acostumbrando al ambiente. Colaboraba en la tienda, arreglaba los relojes de pared y eliminaba la mugre acumulada en muchos años. Después de la cena y hasta la hora de acostarse, me dejaba echarle una mano.

El abuelo, por su parte, vivía de sus recuerdos del año de la revolución de 1848: una chaqueta con el faldón perforado por el sablazo de un húsar real colgaba en el lugar de honor del piso

II. LOS AÑOS ROJOS

Le pega, le pega

Le pega en la jeta

Le pega, le pega

Le pega ay qué gracieta

Canción de moda berlinesa (1918)

PARA DESARROLLAR UNA MEMORIA según la ley de sucesión generacional habría que tener en cuenta que cada generación absorbe a la que la precede y la vomita. No solo debe rechazar el pasado, lo que hasta ahora ha podido considerarse privilegio de la juventud, sino también hacerlo olvidar.

¿Qué sentido tiene aún la memoria?

La investigación —para usar esta muletilla— ha reunido un cúmulo de hechos dignos de conocimiento sobre la diversidad de los seres vivos que nos rodean y se reflejan en nuestras percepciones. Correctos o falsos —muy probablemente falsos—, se supone que ayudan al hombre a construir algo así como una memoria de su existencia, y nada más.

Querer aprender, a partir de esa memoria del hombre, algo acerca de la pretensión vital biológica y la capacidad de existencia es tarea abocada al fracaso: no solo toda esa memoria está condicionada subjetivamente, o sea, es falsa y demasiado deformada como para ser válida en un marco más general. Además, no aporta a la cuestión de la entidad y la naturaleza real y específica de ser humano la respuesta necesaria para que una memoria sólida pueda constituirse.

Solo intuimos —incluso aquellos a los que nunca se les pasaría por la cabeza querer recordar ni confesar ese propósito— que cada individuo devora, desde su ubicación, todo lo viviente que existe a su alrededor de él y que, conforme a la finalidad de su estructura biológica, el destino del hombre tampoco es otro que ser devorado él mismo.

En el lugar de toda memoria preñada de vida y de la que pudiera nacer una vida nueva, no queda más que un montoncito de cenizas, justo lo suficiente para alimentar y hacer proliferar una pequeña colonia de bacterias. El destino humano puede estar pre-determinado para millones de años. Aun así, no deja más que esa caca, los pobres restos en los que se ha digerido a sí mismo. Existe en la sociedad humana susceptible de descripción una especie de empleados particularmente rastreros, que recogen esa caca, la amasan y la moldean: los científicos, y en particular los historiadores.

Debo confesar, con la conciencia no del todo tranquila pues en definitiva he sido yo quien lo ha provocado, que no me resultaría muy agradable verme clasificado entre estos últimos en virtud de las páginas que siguen.

EL 9 DE NOVIEMBRE

Cuando se levantó el telón para el 9 de noviembre de 1918 en Berlín, actores y figurantes ya habían tomado sus posiciones.

La Potsdamer Platz estaba en manos de un regimiento de milicia territorial, movilizado en Fráncfort del Óder y enviado a la capital por orden del comandante de la marca de Brandeburgo, después de que desde hacía días corriesen rumores sobre la inminencia de disturbios callejeros.

Los civiles que rondaban la Potsdamer eran en su mayoría curiosos y mirones... «La tropa está lista para actuar... Los berlineses dan su cordial bienvenida a los soldados...»; un ambiente de estas características reinaba en la plaza.

Había, dispersos por el ágora, grupillos con pancartas o simples tablas de cartón rezando: «¡Queremos la paz!» o «¡El pueblo y el ejército van unidos!».

Las órdenes venían de la estación ferroviaria de Potsdam, en cuyas rampas de carga la tropa fue evacuada para luego ser encauzada a las bocacalles aledañas. Avanzó hacia la plaza pelotón por pelotón y compañía por compañía, y su punta llegaba ya, a izquierda y derecha, hasta la entrada de la Leipziger Strasse.

Se había dado la orden de permanecer en posición de descanso. Los pelotones se habían agrupado y los fusiles estaban colocados en forma de pirámides.

Integraban la tropa principalmente personas mayores, de aspecto grave y serio, pequeños funcionarios llamados a filas en el último momento, artesanos de los pueblos circundantes con un terruño demasiado exiguo para hincar el arado y hacerse eximir del servicio militar; se veía también a alguna gente joven, a todas luces avergonzada de haber ido a parar a aquel pelotón de señores mayores.

«La tropa solo se despliega para mantener el orden... la tropa no disparará...». A primera hora de la mañana la comandancia de Berlín había divulgado esta noticia para calmar a la opinión pública; no hacía falta, cualquiera lo veía.

Sin embargo, en la Potsdamer Platz reinaba un ambiente bastante deprimido aquella mañana del 9 de noviembre. Las horas se dilataban. Solo los mandos inferiores estaban con la tropa, mientras que los oficiales brillaban por su ausencia. Los soldados no las tenían todas consigo; los civiles, tampoco. Una revolución... ¿y cómo se hace eso?... ¿cómo empezar y por dónde?

Había una calma similar a cuando han salido los bomberos y de pronto se descubre que no hay fuego por ningún lado.

Algunos civiles trababan conversación con los soldados que hacían corro en torno a las pirámides de sus fusiles. Se encendían pipas, lo que al parecer contravenía una orden dada, pues se observaban miradas interrogantes de otros grupos... pero la con-

III. LOS AÑOS GRISES

*I'm talking to my fiddle
and play for you the blues
roll over Beethoven, roll over
and tell Chaikovski the news.*

Letra de rocanrol

NO QUEDARSE PARADO

Tendré que explicar más adelante que la evolución de la vida hacia la perfección interior, el esplendor exterior y el equilibrio no constituye sino una de las vertientes de esa vitalidad que, desde hace milenios y conforme al grado de desarrollo del proceso intelectual, el hombre se esfuerza por aislar y, aunque es parte de una ley natural, crear artificialmente. En términos analíticos, ese intento podría llamarse el componente social y colectivo, en el que el éxito decide sobre el valor y el sinvalor. La energía vital del que no tiene éxito, del que es tildado de sinvalor, ha de disolverse en un imaginario lejano y perderse en la síntesis de una Ley Suprema, en un dios ídolo a la vez juez y creador.

Que la cosa no es así lo sabe cualquiera que haya aprendido a entender su propio pánico. Los demás lo llegan a sentir en la última hora consciente, en el miedo físico de la agonía. La energía vital del que ha sido repulsado por su sinvalor no se pierde ni se disuelve en ninguna parte, sino que aumenta conforme, en la superficie de la sociedad, se erosiona más fácilmente la del que es acariciado por el éxito. Y se hace insoportable sin la ayuda de un *purgatorismo*... alivio por medio de una culpa expiable.

La energía vital segrega al individuo del rebaño, lo consume sin extinguir la vida misma. Aún nadie, salvo los fundadores de religión por oficio, ha intentado seriamente cambiar eso.

Parece que la sociedad humana, si nos atenemos a su historiografía —ya primitiva, ya más abierta—, se las ha arreglado más o menos con esta concepción. Sin embargo, tal concepción poco a poco se va resquebrajando y habrá que reescribir la historia.

Es la contestación la que constituye la verdadera fuerza de la pretensión de vida de los seres humanos, la negación o, en términos más suaves y en un sentido más social, el mal que, en el marco de un mismo vínculo colectivo, no es sino un efecto reflejo del bien, un discurrir de esa vida, agotamiento en vez de autoconstrucción. Los miles de tomos de filosofía que en el mundo occidental se han escrito sobre esta cuestión giran en torno al mismo malentendido, como si todo lo no inmediatamente tangible y visible fuese tomado de la imagen de la palabra y del lenguaje humano y solo pudiese entenderse de esta manera. Sin embargo, el hombre no habla: grita.

El grito que brota de la existencia es tan matizado que escapa al oído, en contraste con el ladrido del perro, el chillido del cerdo, el aflautado sonido de los pájaros y los múltiples ruidos que habitan en la existencia humana. No hay individuos suficientes de la misma capa biológica capaces de trasplantar ese grito, que se manifiesta como silencio, a la esfera de la percepción sensitiva, y menos de escribir sobre el mismo. Tampoco de mí se puede esperar eso.

Queda, pues, la pregunta de por qué... seguir viviendo enredado en una existencia. Porque, al igual que yo, el lector sabe que la cosa continúa, que no termina, que el que está tirado en el suelo se levanta, respira más hondo y vuelve a echar mano de las medidas de medición... de este tiempo y de su propio tiempo.

POR DONDEQUIERA que comience a describir mi estado después de mi regreso de Rusia, siempre encontraré solo una de las vertientes, mientras que la otra permanece en la oscuridad sin poder hacer olvidar todo lo que lleva aparejada: el ir vegetando, la protesta contra la conciencia de ser rechazado e incomprendido, las carencias y la incapacidad propias, los límites y la revuelta... ¿revuelta contra qué?

IV. Y LOS ÚLTIMOS AÑOS

*Nunquam efficies
ut recte incedant canceri.*

Séneca

EL ESCARABAJO TORPEDO

El escarabajo torpedo aún carece de la suficiente descripción científica como para figurar, debidamente clasificado según su especie, en una obra de referencia del género.

Tiene la longitud y la silueta de un cartucho de fusil. Los flancos portan sendas corazas, duras como planchas blindadas, que lo protegen de los enemigos del suelo. Sirven estas de cobertura a las alas que, dobladas para adentro, se abaten hacia abajo al abrirse, actuando a la vez de estabilizadores de vuelo y de plano de sustentación. La cabeza está recubierta de una corona de placas pequeñas y puntiagudas que se proyectan hacia delante en cuanto el escarabajo se acerca al objetivo del vuelo, formando una suerte de cabina a cuyo interior se retraen las antenas. Estas, más bien cortas, sirven menos para tantear la dirección, siempre incierta, que para mantener el equilibrio y asegurar el pilotaje. Durante el vuelo las patas permanecen replegadas sobre el abdomen, cobijadas por las alas. El dorso está cubierto de una blanda pelusa.

Lo que caracteriza a este coleóptero es la fuerza con que se dirige, cual torpedo, a su objetivo. El origen de esa fuerza no es físico; tal vez se encuentra en la coordinación del sistema nervioso, en la segregación de gotas de calor en las articulaciones. El escarabajo levanta el vuelo con aparente pesadez y torpeza, casi se diría con repugnancia. Pero luego entra en acción la fuerza motriz, y el animal coge impulso y velocidad y no para de acelerar en busca de su objetivo.

La fuerza voladora se transforma en actividad autónoma, vibrante y con sensaciones de placer y resistencia, de miedo y de triun-

CRONOLOGÍA DE LAS VANGUARDIAS POLÍTICAS Y ESTÉTICAS EN ALEMANIA

Las entradas relativas a las vanguardias artísticas aparecen en cursiva; las obras de Franz Jung van precedidas de una flecha ➡.

1869

AGOSTO. Constitución en Eisenach del Sozialdemokratische Arbeiterpartei (SDAP) [Partido Socialdemócrata de los Trabajadores], surgido de una doble ruptura: la de Wilhelm Liebknecht y August Bebel con la burguesía progresista a raíz del acercamiento de estos la Internacional obrera, y la de una parte de los miembros del Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein (ADAV) [Asociación General de Trabajadores de Alemania], descontentos con los métodos autoritarios de Lasalle, su dirigente. El programa de este nuevo partido se funda sobre los estatutos de la Internacional. El *Volksstaat* se convierte en su órgano de prensa.

1871

19 DE ENERO. Victoria de Prusia contra Francia. Proclamación del Imperio alemán con Guillermo I a la cabeza y Bismarck como canciller.

1872

AGOSTO. Proceso de Leipzig que condena a August Bebel y a Wilhelm Liebknecht a dos años de prisión. Ambos se habían opuesto a la guerra

y mostrado su entusiasmo por la Comuna de París. Este último detalle inquietó profundamente a Bismarck y le provocó la «pesadilla de las revoluciones».

Inicio de la *Kulturkampf* con la promulgación de una serie de leyes contra la influencia de los católicos en los territorios de Renania, convertida en parte integrante del Reich (control de los nombramientos de los clérigos, matrimonio civil obligatorio, expulsión de los jesuitas de las escuelas, etc.).

1875

FEBRERO. Congreso de Gotha. El ADAV y el SDAP se fusionan para crear el Sozialistische Arbeiterpartei (SAP) [Partido de los Trabajadores Socialistas] y lograr la unidad de las organizaciones obreras.

1877

El SAP obtiene el 9 % de los votos en las elecciones.

1878

MAYO-JUNIO. Serie de atentados contra Guillermo I.

21 DE OCTUBRE. Con el pretexto de los atentados, Bismarck hace votar la *Sozialistengesetz*, ley de excepción que prohíbe los periódicos y las reuniones de los socialdemócratas.

1888

15 DE JUNIO. Guillermo II se convierte en emperador.

26 DE NOVIEMBRE. Nacimiento de Franz Jung en Neisse (Silesia).

1890

20 DE MARZO. Guillermo II destituye a Bismarck. Retirada de la *Sozialistengesetz*.